

ANTONIO LUIS SUÁREZ

Reflexiones de Esteban Sánchez sobre el Padre Soler, Albéniz y Turina

Las *Reflexiones* son el legado de unas obras que por su especial sensibilidad le hace extraer los más profundos y variados matices, son ejercido de estudio y comprensión; su pluma es original, genuina, auténtica, directa y profunda; siempre nueva, siempre rica y siempre sorprendente... siempre fiel a la integridad del texto musical por muchas y variadas que sean las dificultades técnicas e interpretativas. Esteban Sánchez nos dejó un legado de reflexiones que hacen que al afrontar la obra comprendamos la dificultad del compositor fruto de la visión del intérprete.

LA *SUITE IBERIA* DE ISAAC ALBÉNIZ (1860-1909)

La Suite Iberia es el testamento que Isaac Albéniz legó a lo que el más quiso: España. La Suite Iberia significa el más fiel trasunto llevado a la música del genio, lo sublime y el misterio del alma española; teoría y pensamiento del talante ibérico y espléndida conciencia de Isaac Albéniz se proyectan en esta obra definitiva y definitiva de la música hispana con rango universal, una de las más completas, difíciles y trascendentales que se han escrito. La música de todos los tiempos suma y consume importantísimo capítulo con la *Suite Iberia*, y sobre todo, esta supone el necesario y providencial arranque de la escuela pianística española, inexistente hasta entonces, de la cual es autodidacta, creador y móvil absoluto, Isaac Albéniz.

Siempre considerada en el privilegiado lugar que ocupa, muchos han creído ver la Suite Iberia como fenómeno y causa dimanante de un impresionismo coetáneo francés vestido a la española, pero lo cierto es que ahora 70 años después de su realización, puede comprobarse hasta qué punto enriquece

y evoluciona el impresionismo en términos globales la ingente aportación de Albéniz. Aunque ello lleve consigo la lógica relación que Albéniz tuvo con su época. Personalmente creo que el originalísimo carácter de sus obras no soporta el encasillamiento ni se aviene con ningún estilo que no sea el propio. Es obvio insistir en que Albéniz fue maestro, gran músico autodidacta guiado por un raro poder innato y su formación totalmente empírica.

La *Suite Iberia* es la primera obra en importancia universal que se escribe para piano en el siglo XX. Iniciada en el 1900 y truncada como su autor en 1909 (pues indudablemente tenía intención de ir ampliándola de manera sucesiva e ilimitada) es, también la resultante del espíritu más apasionado, racial y vehemente con que cuenta nuestra música. Que Albéniz vivió felizmente aprisionado por la geografía Ibérica, es demostración constante en la toponimia de sus títulos, a veces hasta en la nimiedad de repetirlos en obras por completo diferentes; ciudades, ambientes, impresiones o en obsesiva referencias, danzas, coplas, danzas enlazadas entre sí respecto a un plan compositivo, serán esenciales características en Albéniz desde muy temprana edad, dispositivos que alcanzan madurez plena y apoteósica en su *Suite Iberia*.

Es imposible tratar de glosar tan monumental obra en este sucinto comentario, harían falta muchísimas páginas para un análisis más normal que exhaustivo, siquiera las que hubo de emplear Isaac Albéniz para construir el enorme y caleidoscópico mosaico, plagado de infinitos elementos y matices, abarcando con naturalidad asombrosa y sobrecogedora desde un arabismo muy sentido y siempre latente en Albéniz, hasta en diverso y frecuentes momentos ciertos ribetes que anticipan las tendencias más vanguardistas. El autor que pulsa y se recrea en toda clase de recursos con una maestría, audacia y generosidad increíble tirando a manos llenas ritmo, melodía y armonía, de forma abrumadora y única en la historia de la Música.

REFLEXIÓN SOBRE JOAQUÍN TURINA

Seguramente a ningún otro músico español se le hizo justicia como a Joaquín Turina es más, me atrevo a creer que hacia Turina siempre tuvo como norma una indiferencia a ultranza casi rayana en la injusticia.

Es verdad que su Sinfonía *Sevilla*, gozó de un éxito sin reparo desde el momento de su estreno, no es menos cierto que las *Danzas Fantásticas* en sus respectivas versiones de piano y de orquesta disfrutaron del frecuente manifiesto favor de intérpretes y público, igualmente «el canto a Sevilla», monólogo y diálogo de inefable belleza; es harto sabido el indiscutible reconocimiento unánimemente expresado cuando se trata de admirar y sentir «la oración del Torero» sin duda la más hermosa página musical inspirada en esa lucha cruenta, desigual e incomprensible a la que pone único contrapunto racional la plegaria que eleva el diestro antes de salir al coso para protagonizar tan desdichado festejo. Ahí quedan el

espléndido «Retrato» de la «Andaluz sentimental» que muy difícilmente algún pincel podría siquiera igualar, o aquella estampa del Jueves Santo a media noche en que la «Saeta» embarcada por los redobles de los tambores, sirve para que Turina, una vez más nos muestre que en el micro universo del piano puede estar encerrado todo el mundo de la música y de los sentidos... Sabemos también que el relativo interés de muchas obras de Turina está involucrado en otras obras suyas más importantes pero esto ocurre en la producción total de la mayoría de los compositores.

Sin embargo, tuvieron que llegar al primer centenario de su nacimiento para conciliarnos con su inmensa obra, o por lo menos procurar desempolvar y hasta descubrir gran parte de ella. Ahora, y en consecuencia de lo anteriormente expuesto podemos darnos cuenta de hasta qué punto, Turina es un compositor escasamente conocido y valorado. Resaltado de ello y no sin cierta reticencia, ha sido, acusar a Turina de un semidivismo inevitable lo cual viene a ser cierto, aproximadamente en una cuarta parte de su obra, es decir, la más frecuentada; por tanto, argumento fácil de rebatir, sino fuera porque la prolijidad de ejemplos sería interminable. Lo que verdaderamente parece lamentable es que un amplio sector de compositores e intérpretes haya atacado a Turina por algo, que si se hace como Turina lo hizo, bastaría para honrar al músico que estime su naturaleza de origen.

En cambio Joaquín Turina logró plenamente hacer lema del consejo que conjuntamente recibiera con Manuel de Falla al ser conocidos por Albéniz en París; escribir música española con acento universal idea que ya había asimilado tiempo antes, Enrique Granados por razones simplemente cronológicas. Albéniz y Granados, el tanden catalán es algo más tarde el binomio andaluz, Falla y Turina, serán esas columnas que sustentan nuestra «escuela nacionalista». Es así como Albéniz al iniciar la impresionante Suite Iberia a principio de la centuria pasando por Granados y Falla hasta el fallecimiento de Turina, acaecido en 1949, son ya historia, ese medio siglo de oro de la más auténtica música española.

ANTONIO SOLER Y SU OBRA 250 AÑOS DESPUÉS (1729-1783)

El próximo 3 de diciembre se cumplirá el 250 aniversario del nacimiento de Antonio Soler en la ciudad de Olot (Gerona), el que más tarde sería monje agustino y uno de los más significativos músicos españoles de todos los tiempos.

Es natural que sepamos poco de su vida, consagrada por entero a la religión y a la música. Sí sabemos que fue maestro de clave, del infante don Gabriel, para quien, por encargo de éste, compuso numerosas obras. Como quiera que sea, más nos interesa en esta efeméride el resultado de su obra integral, sin duda, compendio y resumen de esa existencia sencilla e inmersa en la doble vertiente ya indicada.

Lejos de relacionar géneros y títulos de su vasta producción coincidente con los de otros autores de la época, es decir, piezas para clave, órgano, sonatas, música instrumental, religiosa, teatral, vocal, etc. Además de una considerable parte que fue descrita o se perdió durante la ocupación de las tropas francesas, lo que en realidad pretendo es señalar algunas de mis impresiones sobre la música del Padre Antonio Soler a modo de humilde homenaje en la conmemoración de este doscientos cincuenta aniversario.

La música del Padre Soler, escrita en pleno siglo XVIII es aún muy joven, inédita prácticamente entre la mayoría de nosotros; así es, en nuestro país casi todo lo esencial está por descubrir, a pesar del previsto «destape» liberador, que hasta ahora se reduce exclusivamente a una liberización dérmica y poco más. No es frivolidad lo que acabo de decir, es que aquello que depende de la belleza y en definitiva de la sensibilidad, todavía no nos ha llegado con las debidas formas de captación; parece que sólo importa lo que es visto, sentido u oído de la misma manera que todos, vulgarmente, sin profundizar en el alma, en el espíritu y en el mensaje que todas las cosas revelan si se entienden con fines elevados.

No, no he perdido el hilo, estas disquisiciones quizá me ayuden a manifestar algo de todo lo que me sugiere la deliciosa e impagable música del P. Soler. Antepongo que de ningún modo se trata de un compositor desconocido en el gran mundo de la música, esotérico gris, muy al contrario urge destacar que, el P. Soler siempre representará una estética avanzada dentro de un clasicismo despejado y sin inhibiciones.

Pues bien, lo sorprendente en la obra del P. Soler es precisamente ese clasicismo, originalidad y vigencia, comunes en la realización de todo artista nato, que no gastan, que cada vez esplenden e irradian nueva luz, con idéntica fuerza que el día se ilumina cada vez que aparece el sol. La impronta del P. Soler radica en una natural facilidad creativa, y en un planteamiento constantemente abierto a las modulaciones más insospechadas, que nos transportan sin apenas notarlo a las más lejanas tonalidades produciendo cambios e inflexiones múltiples de ambiente y colorido dentro de un contexto que nunca deja de ser homogéneo y fiel a un estilo propio de tan amplios vuelos, que nos llevaría a situar su copiosa obra en un plano que arranque desde Haydn y Mozart y termine reposando en lindes románticas, frontera que muy pronto salvaría Beethoven.

Y sin embargo nada obsta para que la música del P. Soler resulte inconfundible; en ella trasciende la fronda y místico verdor de los claustros monacales, el incesante trinar de las pequeñas aves poniendo una nota de optimismo en los espacios más recónditos, la plenitud rebosante de incontenible felicidad de aquel que tiene todas las cartas en regla con lo terrenal y el más allá... Su música es alegre, encantadora y risueña, no hay en ella rasgos adustos, no se perfilan severas imitaciones, ni asoma la sombra del oscurantismo que se aprecia en ciertos compositores de su entorno por lo demás muy estimables.

Soy refractario a cualquier tipo de compulsaciones, pero sí deseo hacer observar un fenómeno que por vez primera, espontáneamente, toma cuerpo en

la música a través de la música del P. Soler: El reflejo del españolismo. Por citar tan solo dos de los más sobresalientes autores del siglo XVIII, ni el veneciano Antonio Vivaldi con sus descriptivas y preciosistas «Cuatro Estaciones», o el afiligranado y canoro concierto «Cardellino», ni Domenico Scarlatti, napolitano, y madrileño de adopción, con quien supone estudiará el novicio Antonio Soler, logran en sus más fluidas, jugosas y magistrales composiciones, esa grada, esa chispa, esa «picardía» que emanan de la inspirada y genuina españolidad del P. Soler. En esta dimensión, el P. Soler es auténticamente excepcional, un adelantado y profeta en su tierra de esa escuela nacionalista española que surgiría dos siglos más tarde; también, dato curioso, en Cataluña; pero no habría hecho falta llegar hasta Albéniz, Falla, Granados o Turina para escuchar ese increíble «fandango» del monje olitino, plagado y rezumante, como tantas obras suyas, de acentos y cadencias hispanas, si no fuese por esa ironía del destino, que mantuvo oculta e inédita la partitura hasta poquísimos años, igual que ha estado la casi totalidad de su música.

Actualmente siguen apareciendo manuscritos en los monasterios de Montserrat y El Escorial, lugares donde el P. Soler pasaría la mayor parte de su vida. Musicólogos e investigadores de la talla del religioso español, el P. Samuel Rubio, o el estadounidense Frederic Marvin, entre otros, continúan la búsqueda impenitente por los más escondidos rincones de estos cenobios; piensan quizá, que bastantes partituras pudieran quedar aún cautivas e ignoradas entre los imponentes y seculares legajos de sus archivos.

El P. Soler escribió un importantísimo tratado que causó enorme impacto y controversia en la música y músicos de su tiempo: «La llave de la modulación», el cual confieso y lamento no conocer, pues aunque el texto se conserva en El Escorial, esta obra teórica no ha sido editada. Lo que sí podemos afirmar es que la verdadera «llave», la que daba paso al mágico secreto de su música, se fue para siempre aquel 20 de diciembre de 1783, acompañando al P. Antonio Soler en el silencio de su tumba Escorialense.